

## EL MILENIO CRISTIANO

HECTOR VASCONCELOS

Me une con Adolfo Aguilar Zinser una amistad que abarca cinco generaciones. Su bisabuelo y mi padre fueron amigos, como también lo fueron su abuela y mi madre, como lo somos ahora sus hermanos, sus sobrinos y el que esto escribe —y como espero serlo de sus hijos. A veces pienso que, entre nosotros, la amistad está inscrita en nuestros genes. A lo largo de los años, hemos tenido innumerables y profundas discrepancias en cuestiones políticas, ideológicas y de estilos de vida, así como en nuestra percepción de ciertos personajes cruciales de México. Pero nada de eso ha menguado en un ápice nuestra relación. No había sentido la necesidad de contradecirlo públicamente (aunque en privado lo hago con frecuencia). Sin embargo, cuando se refirió no hace mucho a Cristo como el fundador de la cultura occidental, me sentí impelido a empujar la pluma.

Debiera ser obvio que la historia de Occidente antecede por milenios a la gesta cristiana. No sólo eso. Si bien el cristianismo ocupa una parte importantísima de su historia, en Occidente existe cuando menos otra tradición, aún más determinante en la formación de nuestra cultura, que es ajena a la herencia judeo-cristiana: la tradición grecolatina. Puede argumentarse, incluso, que lo peculiarmente occidental es la invención de la lógica formal y la idea de que la realidad puede aprehenderse a través de la investigación empírica: ambas ideas son griegas en su origen y son opuestas, en esencia, al misticismo de las religiones monoteístas.

Ni China ni la India descubrieron la importancia del pensamiento lógico o del empirismo. En China se desarrollaron muchas tecnologías, pero no la ciencia en el sentido moderno. Las ideas metafísicas, en sus formulaciones más variadas, han surgido en todas las culturas. En cambio, el pensamiento racional —sujeto a pruebas— sólo se desarrolló en Grecia; es una anomalía en la historia. Y a ella se ha atribuido la supremacía de la cultura occidental y el dominio del mundo que adquirió —ciertamente no a su mística.

Si nos remontamos a los orígenes distantes de la cultura occidental, veremos que éstos se encuentran, hace unos cuatro mil quinientos años, en el cercano oriente —para no referirnos al origen mismo de las lenguas indoeuropeas. La cuestión de precisar dónde se inicia la tradición occidental siempre será discutible; pero en todo caso tendíamos que hablar de Eurasia entre el cuarto y el quinto milenios antes de Cristo. Mesopotamia, Sumer, Egipto, Persia y Creta, entre otras culturas, aportaron elementos básicos de lo que hoy llamamos Occidente. Todas esas herencias del medio oriente y mediterráneas culminaron en un momento y una civilización que es, muy probablemente, el punto más alto de nuestra cultura: la Grecia clásica. De los presocráticos hasta Alejandro, hay un periodo, quizá cualitativamente insuperable, en el que se establecieron las bases conceptuales de lo que Occidente ha sido desde entonces. Casi no hay elemento en el pensamiento y la ciencia contemporáneos que no encuentre su fuente en la gloria que fue la civilización griega entre los siglos VI y III a.C. Prácticamente todo lo que hoy sabemos, o estamos en vías de

conocer, fue planteado, al menos como pregunta, en Grecia. De ahí que sea posible considerar ese periodo como un punto de la cultura humana que, en cierto sentido, aún no ha sido rebasado. Sobre todo: hay ideas y actitudes que se desarrollaron en ese momento que son hasta hoy la base del mundo moderno. El método lógico, el silogismo, la geometría euclidiana, la idea de investigar la naturaleza empíricamente —para no hablar del teatro, la psicología, la épica y el desarrollo de una estética que hasta nuestros días perdura—, son algunos de los fundamentos que esa época nos legó. ¿Es extravagante, entonces, considerar a Grecia como una culminación?

Vino después la síntesis que el Imperio Romano representó y, como en todas las civilizaciones, su declive. Fue en la decadencia de Roma cuando unos 600 cultos religiosos se disputaron la hegemonía del Imperio. Por razones que han sido ampliamente investigadas, una secta relativamente menor del judaísmo —los cristianos— se apoderó paulatinamente del Estado roma-no. Sobrevino así un periodo de alrededor de mil años (de la conversión de Constantino al Renacimiento) durante los cuales el cristianismo sí fue el polo alrededor del cual giró la vida social, filosófica y artística de Occidente. Pero ni antes del siglo IV, ni después del quattrocento, el cristianismo fue sinónimo de la cultura occidental.

Es obvio porqué no lo fue antes de Constantino: era una religión en mayor o menor grado perseguida, y considerada exótica desde el punto de vista del panteón romano. No es tan obvio para muchos por qué el cristianismo dejó de representar a Occidente, paulatinamente, a partir del Renacimiento: ocurrió que éste reintrodujo en el mainstream de la cultura occidental ciertas actitudes del mundo clásico que habían quedado soterradas durante el Medioevo. Por supuesto, la herencia griega no desaparece durante la Edad Media. Está presente en la escolástica y en muchos aspectos de la cultura medieval. Pero hay una diferencia cualitativa: durante el milenio cristiano, la filosofía es teología; a partir del Renacimiento, el pensamiento europeo vuelve a plantear la especulación en su expresión más amplia. No se trata ya de cuáles son los atributos de Dios, sino de ¿habrá un Dios? Se retomó el interés por la investigación científica (Copérnico y Galileo postularon sus tesis) y, sobre todo, la cultura volvió a centrarse —como en Grecia— en el hombre, en vez de Dios.

Por supuesto, el cristianismo siguió in-fluyendo en las masas y permaneció como religión de Estado en muchos países occidentales (en Estados Unidos el presidente jura aún hoy sobre una Biblia), pero es claro que el impacto de las ideas y actitudes renacentistas, de la Reforma Protestante y de la Ilustración —de la Modernidad, en una palabra— alteraron radicalmente la vida del hombre occidental y modificaron la naturaleza del debate filosófico. Las pre-misas cristianas fueron atacadas desde los más diversos ángulos —en ocasiones explícitamente, las más de las veces de manera implícita. La secuencia que demolió la solidez del edificio cristiano se ha resumido así: Copérnico (y Galileo) removieron a la tierra del centro de la creación (idea implícita en la teología cristiana); Darwin le dio una explicación biológica —comprobable— a la existencia del hombre; Freud mostró las motivaciones psicológicas que generaron la idea de Dios.

El mundo nunca volverá a ser como fue antes de esos hitos de la cultura humana. Con ellos la conciencia occidental se modificó a tal grado que Nietzsche, hace ya más de

cien años, declaró la muerte de Dios. Nadie lo ha resucitado desde entonces — salvo, quizá, en brotes aislados y marginales de fervor.

Llegamos así a sociedades esencialmente laicas —las arquetípicas del siglo XX— en las que los temas filosóficos se plantean nuevamente a través de la especulación y la investigación sin límites. La historia de las ideas de los últimos tres o cuatro siglos no es otra cosa que la trayectoria del abandono gradual de los dogmas cristianos. Desde luego hubo y sigue habiendo intentos de reagrupamiento en torno a posturas cristianas conservadoras, movimientos que intentan reinstaurar la Ciudad de Dios en la tierra. En Estados Unidos surgió la Coalición Cristiana; sólo que, según ellos mismos, su membresía es de 1.7 millones. Dentro de una población de 248 millones de habitantes, su número de adeptos lo dice todo. Aún los movimientos espiritualistas y neorreligiosos de la contracultura no son sino reacciones a un mundo poscristiano. Son, más bien, una especie de paganismo espiritualista, neorreligioso, que sin embargo no acepta muchos dogmas cristianos que inciden en la conducta individual. El cristianismo perdura de manera más o menos consciente, más o menos superficial, en las masas. Pero nadie negaría que casi toda la cultura moderna —la filosofía, la literatura, el teatro, el cine, aún las artes plásticas y escénicas— tiene como premisa fundamental la ausencia de Dios —o al menos, el silencio de Dios.

El cristianismo ocupó —plenamente— sólo alrededor de un milenio de nuestro Occidente. Hoy se vive, en el plano de las ideas y en el de la realidad individual, un mundo poscristiano; con islotes y resurgimientos de fundamentalismos, pero eso mismo se explica solamente en un entorno poscristiano.

Lejos de que se encuentre en decadencia, es probable que los mejores tiempos de Occidente estén por venir: hoy nuestra cultura empieza a funcionar a partir de conocimientos tangibles de la naturaleza y del hombre. Los incomparables avances en el desarrollo del saber que el siglo XX aportó —la relatividad, la mecánica cuántica y el descubrimiento del código genético tendrán consecuencias aún inimaginables. Son estos logros occidentales los que cambiarán —cambiaron ya— la historia de la especie.

La saga de Occidente es larga: el cristianismo es sólo uno de sus episodios.

Ha dirigido el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, el Festival Internacional Cervantino y ha sido coordinador general de asuntos especiales en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Hizo sus estudios universitarios en Harvard, Oxford y Cambridge